

¡CATÓLICOS!

Hoy más que nunca la Iglesia necesita del amor y generosidad de sus hijos.

No seáis sordos al clamor dolorido de la Madre y acudid presurosos en su auxilio.

EL CRUZADO DE LA FE

ADMINISTRADOR

Don Cándido Ledesma Santos

Beneficiado Organista de la S. I. C.

DIRECTOR

Don Jesús Pereira Sánchez

Párroco de Sta. Marina

VICE-DIRECTOR

Don Saturnino Moro Palos

Beneficiado y Profesor del Seminario

EL SANTO DEL PRELADO

El día primero de año celebra su fiesta onomástica nuestro Excmo. y Rvmo. Prelado.

En fecha tan señalada EL CRUZADO DE LA FE renueva con todo cariño su incondicional adhesión al bondadosísimo Prelado y pide a Dios Nuestro Señor, que le colme de las gracias necesarias para seguir rigiendo acertadamente los intereses espirituales de la Diócesis.

¡El Señor nos lo conserve; le dé largos años de vida feliz sobre la tierra y lo libre de las asechanzas de todo enemigo!

Santo Evangelio

26. En el sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea. 27. A una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José; y el nombre de la virgen era María. 28. Y habiendo entrado el ángel a donde ella estaba, la dijo: Dios te salve, oh llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres. 29. Al oír tales palabras, la Virgen se turbó, y púsose a considerar qué significaría una tal salutación. 30. Mas el ángel la dijo: ¡Oh María!, no temas: porque has hallado gracia en los ojos del Señor. 31. Sábetete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. 32. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente. 33. Y su reino no tendrá fin. 34. Pero María dijo al ángel: ¿Como ha de ser eso? Pues yo no conozco, ni jamás conoceré varón alguno. 35. El ángel en respuesta le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, o fecundará: por cuya causa el fruto santo que de ti nacerá, será llamado Hijo de Dios. 36. Y ahí tienes a tu pa-

riente Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo; y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes. 37. Porque para Dios nada es imposible. 38. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el ángel, desapareciendo, se retiró de su presencia. 39. Por aquellos días partió María, y se fué apresuradamente a las montañas de Judea, a la ciudad de la tribu de Judá. 40. Y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó a Isabel. 41. Lo mismo fué oír Isabel la salutación de María, que la criatura, o el niño Juan, dió saltos de placer en su vientre; e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo. 42. Y exclamando en alta voz, dijo a María: Bendita tú eres entre todas las mujeres; y bendito es el fruto de tu vientre. 43. Y ¿de donde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? 44. Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre. 45. ¡Oh, bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán sin falta las cosas que se te han dicho de parte del Señor.

Ev. de S. Lucas, cap. I, vv. 26 al 45.

EN FAVOR DEL SEMINARIO

El día 19 de Diciembre de 1936 se han ordenado en la iglesia del Seminario diocesano de Diácono, don Joaquín Herrero Corral y de Presbíteros don Jesús Vegas Hernández y don Cristino Fraile García. Reciban los tres y sus familias la cordial felicitación de EL CRUZADO DE LA FE.

Algunos compañeros más los debieron haber acompañado en la ordenación, pero las circunstancias, por que atraviesa nuestra Patria han hecho que se encuentren en los frentes de batalla, interviniendo en las acciones del glorioso ejército que trata de reconquistar nuestra Nación, para encauzarla por las normas que trazan los derechos de Dios y de los hombres. ¡Quiera el Señor que todos esos seminaristas, que están cumpliendo esos patrióticos deberes se reintegren al Seminario, para que también ellos lleguen a recibir pronto su sagrada ordenación.

Con este número termina EL CRUZADO un año más de su existencia. Durante él, en esta sección, ha procurado recordar a los fieles la obligación que tienen de mirar al Seminario, especialmente al de su Diócesis, como cosa propia interesándose por él, pidién-

do para que haya muchos y buenos seminaristas, que puedan formarse esmeradamente en virtud y ciencia, a fin de llegar a ser los sacerdotes que reclaman las circunstancias de los tiempos difíciles que atravesamos.

Empezamos el año con la carta de una madre que comunicaba a una amiga suya la felicidad inmensa, que tenía, porque había oído la primera Misa de un hijo suyo, que acababa de llegar al Sacerdocio.

Seguimos luego con el plan que podía seguirse en una fiesta que en todas las iglesias se debía tener el día de San José en favor de la Obra de las Vocaciones Eclesiásticas.

Se siguió durante el año haciendo resaltar los deberes que los fieles, los padres cristianos y todos los que piensen algo en el bien de las almas y aun en el de los cuerpos, tienen de cooperar a la vida eficaz de los Seminarios, en donde se forman en virtud y ciencia los continuadores de la obra redentora de Nuestro Señor Jesucristo.

Algo se ha conseguido, según se desprende de la Memoria leída en la apertura de curso por el Sr. Prefecto de Estudios, Dr. D. Emeterio Ladero, y aquí publicada en el número de Octubre. Pero es tanto lo que falta que hacer, y lo que se puede y debe hacer en esta materia, que no hemos de cejar en nuestro empeño, estimulando a todos a tan santa empresa.

¡Cómo quisiéramos entusiasmar a los jovencitos para que engrosaran el número de los seminaristas y a sus padres y protectores para que les ayudaran eficazmente! ¡Como quisiéramos convencerlos de que el Sacerdote no es desgraciado porque el mundo no le estime y aun le persiga!

Nosotros, dice San Pablo, somos el buen olor de Cristo para con Dios, respecto de aquellos que perecen. Y este olor de muerte de que el Apostol nos habla es el que suscita enemigos y perseguidores del Sacerdote, como atrajo sobre Jesús el odio de los judíos. Es el mismo odio que del Hombre Dios se extiende y se dirige durante mil novecientos treinta y seis años al hombre de Dios, al Sacerdote, que por sus desgracias y por sus virtudes, dignas de simpatía y de la admiración del universo, condena cotidianamente a todos los autores y a todos los órganos de este odio, al más digno de todos los oficios: el de la injusticia, de la mentira, de la calumnia, de la vil y cobarde deserción del derecho, contra la propia razón y su propia conciencia.

Pero esto es precisamente un honor y un consuelo para el Sacerdote católico; siendo «por su estado el enemigo activo y permanente del mal que hay en nosotros, ¿cómo no había de ser este mismo mal su enemigo? Como el *Justo* por excelencia tiene la pretensión de justificarnos, y éste es su crimen; éste es lo que le vale ser puesto como signo de contradicción, y lo que le hace llevar por todas partes y de continuo esta palabra, que Jesucristo dijo a todo el Sacerdocio católico en sus Apóstoles, al enviarles como ovejas entre lobos «sereis blanco de odio a causa de mi nombre.»

Al que así es odiado y perseguido, poco importa que el mundo le llame desgraciado; esto no basta para serlo. Dios que conoce mejor que nosotros el valor de las cosas, y que a cada una da el que le corresponde, le llamó ya feliz cuando dijo: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Bien se ve a la luz de estas palabras la dicha que tiene el Sacerdote en su inefable misión. ¿Por qué no se decidirán legiones de jóvenes a participar de tanta dicha? Cristianos, favoreced vuestro Seminario.

Os he dado ejemplo

Jesucristo vino al mundo, se hizo hombre, dice el catecismo, para redimirnos y dar ejemplo de vida.

Y de tal manera, tan perfectamente cumplió este fin, que su preciosa existencia es un magisterio constante y práctico de todas las verdades morales que enseñó y predicó durante su vida pública en todos los lugares en que hizo oír su divina palabra.

Pero tan celoso estaba de nuestra salvación, tanta prisa tenía en darnos sus divinas lecciones, que apenas abre los ojos a la luz de este mundo y aún antes, ya nos empieza a enseñar con su ejemplo maravilloso la necesidad que tenemos de practicar algunas virtudes, como la pobreza, el sacrificio, la mortificación etc., si de veras queremos ser sus discípulos y aplicarnos a imitarlo con el ejercicio de esas preciosas virtudes, desconocidas por completo en el mundo, hasta que Él se dignó enseñarlas a los hombres.

Vayamos pues, ahora que estamos en plenas fiestas de Navidad es decir, en los días en que nuestra Santa Madre la Iglesia conmemora el misterio inefable y tierno del nacimiento del Niño Dios, vayamos, digo, junto al pesebre en que está tiritando de frío y careciendo hasta de lo más indispensable, el hijo de Dios y ante ese ejemplo sublime de pobreza, de obediencia, de sacrificio, de mortificación... de amor, en una palabra, a los hombres, pensemos seriamente y comparemos nuestra conducta con la de este divino Maestro que no puede engañarse, ni engañarnos en la apreciación y ejercicio de esas preciosas virtudes, manifestaciones todas ellas y pruebas fehacientes del inmenso amor que tiene a los hombres, por cuya salvación vino al mundo en una fría noche de Diciembre en el lugar más humilde destituido y solitario de Belén.

Penetremos con la imaginación en aquella cueva y veamos cómo el Dios tres veces Santos ha encerrado su divinidad en un pequeñísimo y desnudito cuerpo humano que tiritaba de frío y llora más que por ello, por el abandono y soledad en que lo dejan los hombres, que ingratos no lo quisieron recibir como dice S. Juan «Et sui eum non receperunt».

Fíjate, lector amigo, fíjate en todas las circuns-

tancias que rodean este inolvidable nacimiento y verás que, si no fuese porque la fé te lo enseña, jamás podrías imaginarte que aquel Niño que ha nacido ignorado de todos y de todos abandonando es el Supremo Señor de todo cuanto existe; que aquel cuerpecito que llora y manifiesta su debilidad e impotencia es el del Omnipotente y que el que tiene por cuna un pesebre, se recina en frías pajas y cubre su aterrido cuerpo con pobres pañales es el Criador de cuanto tiene ser... ¡Ah! la pobreza de Jesús! ¡Qué misterio tan profundo!.. Apenas nace a este mundo ya se desposa con esta virtud y no la abandona hasta que muere desnudo y careciendo de todo en la cruz.

Nace fuera de su casa, en una cueva albergue de animales; nace de la esposa pobrísima de un pobre artesano, a quien, quizás por eso, no le dieron posada en Belén ni sus parientes más cercanos cuando a su llegada buscaba ansioso un lugar donde cobijarse; y las primeras adoraciones, los primeros tributos a su realeza y divinidad los recibe de unos pobres pastores que no pueden ofrecerle más que sus sencillos corazones y los pobres dones que su indigencia les permite.

¡Qué contradicción! ¡qué contraste, entre la conducta del Niño Dios y la nuestra! Mientras El, dueño de todo, carece de todo nosotros que no tenemos derecho a nada, lo queremos todo. ¿Quién se engaña? Escucha a S. Bernardo que te contesta: «O Jesucristo se engañó en la elección que hizo del estado de pobreza, o el mundo se engaña en el amor que tiene a las riquezas de la tierra. Jesucristo, siendo la Sabiduría increada, es incapaz de engañarse en cosa alguna; luego es forzoso concluir que es el mundo, el que yerra y se engaña».

Si, esta conclusión tan lógica está probada hasta la saciedad con la experiencia de la realidad de aquella sentencia que dijo después en el Evangelio este divino Niño «¿de qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Oigamos al hombre más rico de la tierra, al más sabio, al que disfrutó de todos los placeres y mentidos bienes y venturas que proporcionan las riquezas de la tierra: a que tanto ambiciona el hombre al sabio rey Salomón y él después de haber conocido por sí mismo, y experimentado personalmente el vacío tan inmenso que quedaba en su corazón después de poseer y disfrutar de todos los bienes de la tierra, exclamar asqueado y chasqueado en un arranque de sinceridad, todos los placeres de la tierra, todo el oro del mundo, todo lo que los hombres llaman riquezas, no son más que vanidad de vanidades y todo vanidad.

Por eso no llenan ni pueden llenar el corazón del hombre que ha nacido en este mundo para cosas más altas, para ganar y poseer los bienes que ni acaba la polilla, ni consume el orín, es decir para los bienes espirituales para cuya adquisición, más que ayuda, son impedimento los bienes temporales si el que los tiene no sabe usar de ellos como prescribe y manda

el Santo Evangelio, y en cambio el que de ellos carece encuentra más desembarazado y libre el camino del cielo de obstáculo tan formidable que hace exclamar a la verdad eterna, a Cristo en su evangelio, «que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que no que entre un rico en el reino de los cielos».

Pues a pesar de esta y otras frases tan claras que Cristo pronunció amenazando a los ricos, el mundo enemigo capital del hombre y de la doctrina de Cristo, proclama dichoso al rico, y con el falso brillo del oro, con el espejuelo de las comodidades y placeres que él proporciona, con la ostentación, el aplauso y la adulación de que rodea al favorecido de la fortuna, engaña miserablemente y seduce a los hombres, llenando su corazón de esa sed insaciable de dinero, de esa porfía en adquirirlo sin reparar en medios y de ese afán de multiplicarlo aún a costa de privar a sus semejantes hasta de lo más necesario para su vida.

Y si esto ha sido así desde que hay hombres en el mundo en esta época en que nos ha tocado vivir ha llegado a tales extremos esa ansia loca de adquirir riquezas, que el mundo entero, trastornado por esa febril concupiscencia, se agita y se revuelve, dislocando y poniendo en desorden y en guerra a las sociedades y naciones de que él se compone, por no querer seguir los ejemplos del que nació en Belén y dijo después un día memorable en el sermón de la montaña «Bienaventurados los pobres...»

Así habló Cristo-Jesús, pero sobre todo así se manifestó amante de la pobreza desde la cuna hasta el sepulcro; y en su vida privada ganando el pan con su trabajo como un pobre jornalero, y en su vida pública viviendo de lo que le daban, hasta que llegó la hora de salir de este mundo practicó la virtud de la pobreza careciendo no sólo de lo superfluo o útil, sino hasta de lo necesario y por eso pudo decir toda razón haced como yo hecho... os he dado ejemplo...

Regla de vida

Ponte una regla segura
De cuanto debes hacer,
Pues hace más una regla
Que tú sabes entender.

Acude a Dios para todo,
Confíesate cada mes,
Oye misa cada día
Y todo te saldrá bien.

Levántate tempranito
Acuéstate por las diez,
Pues aquel que mucho duerme
Es muy pobre a la vejez.

No dejes tu obligación
Por gozar algún placer,
Pues no hay placer más gustoso
Que cumplir con su deber.

Sigue constante tu oficio,
Que él te dará de comer,

Que el que mucho se entromete
Camina a la mendigüez

Siempre debes trabajar,
Para que ocupado estés;
Aquel que vive en el ocio
Jamás es hombre de bien.

Sé templado en el trabajo
Y lo mismo en el placer,
Duerme sólo lo preciso
Y tendrás gran robustez.

Los que son muy proyectistas
Nunca tienen qué comer,
Quien mucho ha de proyectar
Gran caudal ha de tener

No caces, ni pesques mucho,
Juega poco, y rara vez.
Si a estas cosas te aficionas
mendigo vendrás a ser.

Por Dios, con gana o sin ella,
Lo que es debido has de hacer;
El que mucho come y bebe
La salud viene a perder.

Jamás hagas un exceso,
Porque debes entender
Que los excesos se pagan
Entonces mismo o después.

Viste conforme a tu brazo,
Y así mismo has de comer,
El que de su paso sale
En tierra viene a caer.

Lo que es común y ordinario
Has de vestir y comer.
Porque buscar lo extranjero
Es pagar por padecer.

Cuida que todo en tu casa
Muy bien arreglado esté,
Pues mas gusta un mal gobierno
Que el vestir y que el comer.

Casas mal y bien regidas
En cada pueblo se ven,
En ellas has de estudiar
Lo que tú debes hacer.

No faltes a las promesas,
Y promete rara vez.
Porque el que mucho promete
Nunca suele quedar bien.

No te engañes en pensar
Que en tener mucho está el bien,
Suele ser más infeliz
Quien más llega a poseer.

Nuestra dicha está en la paz,
Al par en no apetecer.
En reprimir las pasiones
Y cuanto hace Dios, querer.

Cuida de no desear
Si no quieres padecer,
Aquel que menos desea
El más feliz viene a ser.

Reprime bien tus pasiones,
Tenlas a raya y nivel,
Pues toda pasión trastorna,
Como se deje correr.

Cuanto sucede en el mundo
Lo ordena Dios a tu bien,
Si lo aprovechas y quieres
Ya no hay más que apetecer.

El amor es peligroso,
Lo mismo que la embriaguez,
Entra con mucha dureza
Y es muy amargo después.

Es más feliz el que sabe
Con menos pasarlo bien,
Y el que cuanto necesita
Para sí, lo sepa hacer (1)

(1) Bien merece que se lean, se retengan en la memoria y se traigan a colación con frecuencia, como hacían nuestros abuelos, estas máximas de *Regla de vida*, llenas de sabiduría y sentido práctico, compuestas para el pueblo, y que se encuentran estampadas en la primera página de no pocos devocionarios antiguos.

LA ELOCUENCIA

Si pasma ver cómo por la acción del espíritu, brota de las celdillas del cerebro el pensamiento inmaterial, alada mariposa, hija del cielo, es pasmoso también contemplar cómo la palabra, ese sonido de compuestos físicos, que por sí nada dicen, adquiere un sentido intelectual al pasar por los labios del hombre, y es vehículo de la fe, conductora de la esperanza, chispa que convierte en hoguera de amor los corazones; da vida inmortal a los hechos humanos, ciñe a la virtud las palmas gloriosas y marca con hierro infumante las frentes de los malos. Es brisa que mece las cunas de los niños y huracán que aborrasca el Océano. Pero qué mucho, si Dios se sirvió de la palabra para sacar los mundos de la nada y de la elocuencia humana para regenerar el mundo y hacer brotar fuentes de aguas vivas que hacen saltar hasta la vida eterna.

PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO

La paz de Cristo es aquella que estriba en el orden cristiano. Paz es según la definición de un talento de los más grandes que han existido, aun considerado naturalmente, de San Agustín, la seguridad en el orden. La estabilidad en el orden, un orden estable y asegurado de las cosas y personas.

¿Y qué es orden cristiano? Es el conjunto de normas morales que Jesucristo nos impuso a los hombres: la fe, la esperanza y, sobre todo, la caridad cristiana. Los mandamientos de la ley de Dios; la dirección moral de la Santa Iglesia de Cristo. Ese es el orden cristiano.

¿Es posible que haya paz distinta de ésta?

No. ¿Por qué? Porque no puede haber orden verdadero, sino en el orden de Cristo.

Por eso muy bien puso Pío XI. de lema, como quien dice de su Pontificado, estas palabras: «Paz de Cristo en el Reino de Cristo». Porque estaba persuadido que no puede haber otra paz, ni puede desearse paz distinta de la que se basa en el orden de Cristo.